

**Actas del**  
**VI Congreso Internacional**  
***CELEHIS* de Literatura**  
Literatura argentina, española y latinoamericana



(Rufino Tamayo, Sandías, 1968)

**6, 7 y 8 de noviembre de 2017**  
**Mar del Plata, Argentina**



Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura / Acosta, Ricardo ... [et al.] ; compilado por Virginia P. Forace; María Pía Pasetti. - 1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-817-9

1. Estudios Literarios. 2. Actas de Congresos. I. Acosta, Ricardo, II. Forace, Virginia P., comp. III. Pasetti, María Pía, comp.  
CDD 807

Fecha de catalogación: 21/03/2018

ISBN 978-987-544-817-9



9 789875 448179



CENTRO  
DE LETRAS  
HISPANOAMERICANAS

Facultad de  
Humanidades / UNMSM  
Portal de Encuentros

Actas del VI Congreso Internacional

*Celebris* de Literatura

ISBN 978-987-544-817-9

## La ciudad como conjetura. Sobre *El aire* de Sergio Chejfec

Juan José Guerra

UNS-CONICET

En una entrevista realizada por Mariano Siskind en 2005, Sergio Chejfec reconoce la perplejidad –e incluso el malestar– que le generó saber que se le había asignado, en ciertas lecturas críticas, un valor de pronóstico a su novela *El aire*: “me desconcertaba encontrar lecturas de *El aire* que la veían como una literatura anticipatoria. Me resultaba sumamente incómodo porque mi intención era hacer algo que escapara de la trampa referencial. Yo no quería escribir una novela realista” (Siskind 2005: 45). En principio, se podría decir que es curioso que Chejfec establezca un rápido vínculo entre literatura anticipatoria y realismo, cuando se trata de conceptos que no tan fácilmente puedan entrar en relación de proximidad. Para entender por qué el escritor manifiesta su descontento de esa manera, mediante la elección de esas categorías, es necesario subrayar lo que él mismo dice en esa entrevista con respecto a cómo concibe que la literatura puede dar cuenta de un determinado contenido social:

Lo social y lo político en mi literatura supone la construcción de un objeto diferenciado, independiente de la vida corriente, pero no tan independiente como para que se desintegre toda relación. Una construcción suficientemente autónoma como para que no sea una referencia directa, transparente a lo social, sino más bien una connotación o una metáfora. Me interesa una literatura que no quiere hablar necesariamente del mundo social sino del significado del mundo social, a través de una conciencia particular, y no la representación de un significado histórico objetivo (Siskind 40).

Lo que se pone de relieve, a la luz de este fragmento, es que cuando Chejfec cuestiona la lectura en clave anticipatoria que se le adhirió a *El aire*, el objeto de su crítica apunta a aquellas lecturas que obliteran el carácter metafórico de la construcción ficcional y la analizan, por el contrario, en términos de transparencia entre el orden de la ficción y el de la realidad. En consecuencia, lo anticipatorio se torna realista porque, de manera retroactiva, las lecturas críticas le adosan a la novela *a posteriori* un valor de pronóstico que es estrictamente referencial: la novela no hablaría de otra cosa que de la crisis económica real y la correspondiente desintegración del tejido urbano de Buenos Aires, aun cuando esa crisis todavía no se hubiese manifestado en toda su dimensión al momento de ser escrita y publicada la novela.

El problema fundamental de esta operación de lectura no reside, sin embargo, en que contradiga las intenciones del autor, y ni siquiera en que simplifique los modos de relación entre la literatura y la sociedad, error que, desde el punto de vista metodológico, es sensiblemente más grave que el anterior. El problema principal, a nuestro entender, consiste en desconocer el cruce de temporalidades que está en el centro de la apuesta narrativa de *El aire* y que una lectura efectuada exclusivamente en clave premonitoria no advierte. La novela se ocupa, incluso, de tematizar y hacer explícita la rara temporalidad en la que se producen los acontecimientos del relato.

Por su parte, la forma de imaginar la ciudad en *El aire* expresa ya no el interés por dar cuenta de una realidad específica, sino el trabajo sobre una materia deliberadamente conceptual. Desde luego que existen marcas de lo real –la pauperización que se evidencia en los modos de construcción de la vivienda, las formas precarias del intercambio– que delimitan zonas de referencialidad más o menos firmes, pero la novela se sostiene, en buena medida, sobre un ejercicio conjetural. El pensamiento que se interroga acerca de las transformaciones del espacio urbano se

encuentra diseminado en momentos del texto que conforman un sistema de paradojas e hipótesis:

Esto puede parecer extravagante, pero es lo que murmuraba Barroso. Era una paradoja: admitía que en el campo la visual es más amplia y sin embargo negaba que el horizonte de la ciudad fuera circunscrito. Él pensaba en el horizonte en tanto idea, como ángulo. Era como si se dijera que sobre un lugar hay más o menos cielo que sobre otro (Chejfec 2008: 111).

En este orden de la conjetura, Buenos Aires es para Barroso una ciudad ominosa, una ciudad que forma parte de lo extraño y no familiar. Pero, fundamentalmente, Buenos Aires es una ciudad en remisión, es decir, una ciudad en retirada. ¿Qué significa que el tejido urbano tienda a la disolución, sobre todo cuando esa tendencia no se produce por medio de una catástrofe sino por una suerte de paradójica involución? Sobre la base de un pensamiento acerca de Buenos Aires cuya filiación es reconocida por el propio autor, cuando dice que su propósito era inscribir en la gramática urbana los temas centrales de Martínez Estrada,<sup>1</sup> sobre esa base conceptual Chejfec construye una serie de imágenes que poco tienen que ver con una pretendida tentativa referencial. En este sentido, el texto señala que la ciudad se pampeaniza, en un retorno imposible a un origen que, sin embargo, tampoco existió en términos efectivos, pero que sí funciona como mito de origen:

Si desde un principio Barroso había advertido el disimulado y lento trastorno del idioma, recién ahora advertía que la ciudad había estado cambiando sin que se diera cuenta de nada. En algún momento, bastante tiempo atrás, se habían

---

<sup>1</sup> Sobre los temas centrales de Martínez Estrada, sin embargo, se opera una inversión. Dice Beatriz Sarlo: “Martínez Estrada había visto a Buenos Aires en proceso de llenado: por superposición, por agregado, por metástasis, la ciudad se estaba completando dentro de su perímetro y expulsando a la llanura hacia un afuera cada vez más lejano. Sesenta años después, Chejfec imagina una ciudad marcada por el movimiento inverso: el campo entra en la ciudad, donde las ruinas de los edificios se transforman en demoliciones, las demoliciones en baldíos, y los baldíos en campo” (2007b: 396).

organizado en indefinida sucesión manzanas y manzanas de ruinas, trabajadas inicial y definitivamente por la intemperie y al mismo tiempo limpias, prolijas, como si fueran recuerdos vivientes y a la vez preservados de la degradación. (...) De manera literal, el campo avanzaba sobre Buenos Aires. De este modo, con la remisión de la ciudad, el espacio, que era una categoría fundamental para la existencia de una memoria colectiva, se desvanecía como el material en suspensión producido por las topadoras (Chejfec 2008: 159).

Así como el idioma está sujeto a una transformación que lo vuelve cada vez más extraño a la lengua privada de Barroso, de la misma manera la ciudad se desintegra al punto de que los habitantes pierden la capacidad de reconocerla, de reconducir lo que ven al archivo de imágenes almacenado en la memoria. Sin embargo, como señala Daniela Alcívar Belloio, sería equivocado considerar que en la pampeanización de Buenos Aires se produce una restauración del pasado o una anticipación del futuro: “el riguroso presente que figura la narración parecería poner de manifiesto una temporalidad que, sin escapar del presente, hace irrumpir un anacronismo sin anclaje temporal claro que pondría en entredicho la idea misma de sucesión como medida del tiempo” (11). En su lectura temprana de la novela, Beatriz Sarlo ya había advertido que, en la construcción de una Buenos Aires hipotética que realiza *El aire*, “las capas de lo viejo y lo nuevo son todas visibles al mismo tiempo” (2007a: 393).

La retirada de lo urbano en beneficio de la horizontalidad de la planicie convive, sin embargo, con una tendencia novedosa a la verticalidad –y en ese elemento quizás se inscriba el momento paradójicamente futurista de *El aire*.<sup>2</sup> Porque la novela describe el proceso de tugurización de las azoteas, consistente en la construcción de viviendas precarias sobre la terraza de los edificios, de manera tal que las villas miseria ya no se encontrarían en la periferia de la ciudad sino en las alturas visibles del centro. Son “ranchos en altura” de condición frágil y precaria, que confieren al paisaje urbano

---

<sup>2</sup> Nos referimos a la conceptualización que Marjorie Perloff (2009) hace del momento futurista, que no se circunscribe únicamente a los futurismos de las vanguardias históricas.

señales evidentes de deterioro. Por lo tanto, existen en la novela datos que mantienen con la realidad social cierta relación de referencialidad, pero esa referencia, cuando existe, tiene un carácter oblicuo.

Es por eso que conviene hablar, fundamentalmente, de una geografía hipotética del porvenir –en palabras del propio narrador– e incluso de una hipótesis regresiva sobre la ciudad: “Las manchas de pasto, el pajonal, la tierra baldía son señales de irrupción de otro tiempo” (Berg 1998: 31). Ese tiempo otro que irrumpe no es asimilable a la materia de un texto futurista, anticipatorio, sino que es, en un solo movimiento, condensación en el presente de sentido alojados en el pasado y en las posibilidades del futuro.

El ejercicio conjetural no es solamente del orden de lo conceptual, es decir, no se agota en la exploración de una serie de teorizaciones acerca de la ciudad según la línea de pensamiento inaugurada por Martínez Estrada, sino que también se inscribe en la materia verbal de la novela. La densidad del pensamiento está sostenida necesariamente sobre una sintaxis que, en sí misma, asume la forma de la conjetura. En términos semánticos, la frase de Chejfec es dubitativa e inestable (Sarlo 2007b), condición indispensable para dar cabida a los movimientos sinuosos de la reflexión:

Bien mirado, la ausencia de Benavente carecía de sentido, pero no obstante era verdadera; poseía un significado integrado a la realidad y sin embargo invisible. Aquel vacío entre el sinsentido de la ausencia y el sentido que todo el tiempo la realidad le devolvía era el dibujo de su perplejidad; era otro contrasentido con sentido (Chejfec 2008: 107-108).<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> E inmediatamente anterior: “Barroso demoró en registrar el contrasentido, y cuando lo hizo no pudo sino entender que representaba un error, aunque sin embargo el significado resultaba comprensible; era un contrasentido con sentido” (Chejfec 2008: 106).

La novela está atravesada por distintas figuraciones del contrasentido. Una de ellas es la temporalidad del relato, porque *El aire* trabaja sobre la materia de un presente difuso y fantasmal: “En *El aire* la morosidad de la narración está dada por el tiempo extrañado que vive el protagonista desde que se ve forzado a vivir a solas una cotidianidad que había sido siempre compartida” (Alcívar Bellolio 2016: 4). Quiere decir que la apuesta al anacronismo que está en la base de las hipótesis urbanas que despliega la novela, también está tematizada en la formulación de un presente del relato cuya naturaleza es ambivalente. Barroso mantiene una relación ambigua con la realidad, dominada por la noción de simplicidad, aunque esta sea rápidamente contradicha. Porque si, por un lado, Barroso se entrega a la aprehensión de lo real de acuerdo con magnitudes (peso, distancia, volumen) que simplifican –hacen coagular, le dan forma a– la complejidad del mundo –los datos de lo real son engañosos, caóticos–; por otro lado, ese ejercicio matemático no conduce a una actitud tranquilizadora, sino que se traduce en una experiencia agobiante del tiempo. Barroso vive en un “presente continuo y agotadoramente duradero” (85) que está dado, en buena medida, por la situación de expectación a la que ha sido sometido por el abandono.

La ansiedad por recibir la siguiente carta de Benavente es el estado de ánimo que instaaura el régimen según el cual el tiempo le es administrado a Barroso: “el tiempo, desde la partida de Benavente, se había convertido en una materia engañosa” (127). La intermitencia del intercambio epistolar, en el cual Barroso solo cumple la función de destinatario, de silencioso receptor de misivas, genera un sistema de presagios y premoniciones. Según un esquema de prelações invertidas, basta con colocar la mano bajo la canilla para que *después* salga el agua o que los ciudadanos se tiendan en las plazas a tomar sol para que *después* se disipen las nubes. Esta serie de vaticinios lo que hace es suspender el ordenamiento causal de los acontecimientos y provocar un quiebre

de las relaciones temporales lógicas. Es el caso de la lectura de pronósticos en el diario: “Existe la tendencia a considerar los presagios una vez que se cumplen, pero en este caso era un vaticinio realizado en su error, lo cual para Barroso le otorgaba un valor adicional: constituía una premonición errada respecto de la naturaleza auténtica” (141).

Es a través del sistema de hipótesis y paradojas, es decir, a través de la forma conjetural de la novela, que se establece la relación entre literatura y sociedad, y no a partir de los grados de referencialidad que puedan existir entre el texto y la realidad. Pero, además, el fracaso individual de Barroso –en cuyo nombre se podría leer, si adoptamos una perspectiva alegórica, una referencia al río en cuyas orillas se despliega la ciudad– se articula con los procesos de desintegración social y urbana descritos en la novela, de manera tal que toda visión de la ciudad en ruinas es resultado de una operación subjetiva. En definitiva, *El aire* construye un artefacto complejo de exploración de lo real que no puede ser circunscripto a un mero ejercicio de representación, sino que debe ser comprendido en lo que tiene de indagación conceptual. Como mostrará, cada vez más, la obra posterior de Chejfec, la ficción se constituye como el espacio privilegiado en el que desplegar una serie de hipótesis acerca de lo que el autor llama, provisoriamente, el mundo social.

## Referencias bibliográficas

- Alcívar Bellolio, Daniela (2016). “Paisajes de la crisis, crisis de los afectos: El aire de Sergio Chejfec”. *Anclajes*, vol. XX, núm. 2. 1-16.
- Berg, Edgardo (1998). “Ficciones urbanas”. *CELEHIS*, núm. 10. 23-37.
- Chejfec, Sergio (2008) [1992]. *El aire*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Perloff, Marjorie (2009) [1986]. *El momento futurista. La vanguardia y el lenguaje de la ruptura antes de la primera guerra mundial*. Valencia: Pre-Textos.
- Sarlo, Beatriz (2007a). “La ficción inteligente”. En *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 391-393.
- Sarlo, Beatriz (2007b). “Anomalías. Sobre la narrativa de Sergio Chejfec”. En *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 394-397.
- Siskind, Mariano (2005). “Entrevista. Sergio Chejfec”. *Hispanamérica*, año 34, núm. 100. 35-46.